

LA ECONOMIA MUNDIAL
Antolín Sánchez Presedo, PSOE

Nota de la Intervención ante el Consejo de la Internacional Socialista
Budva (Montenegro), 29 de junio de 2009

Querido Presidente, querido Secretario General, queridos compañeros,

Felicito a nuestros anfitriones del Partido Demócrata de Socialistas y del Partido Socialdemócrata de Montenegro por acoger este evento que nos permite trabajar conjuntamente en el seno de la Internacional Socialista y expreso la voluntad del PSOE de que pronto estemos en condiciones de hacerlo también en el seno de las instituciones de la Unión Europea.

Quisiera, en primer lugar, expresar la condena de los socialistas españoles por el golpe de Estado que acaba de sufrir Honduras y nuestra posición a favor del restablecimiento de la normalidad institucional. Pido que este Consejo adopte y difunda una resolución en tal sentido.

Nos encontramos ante una crisis global, la primera crisis de la globalización. Para tratarla correctamente es esencial realizar un diagnóstico adecuado.

Es la crisis más profunda desde la segunda guerra mundial. Aunque tiene su origen en el sector financiero, el más sofisticado de la economía, y su epicentro en los países avanzados, se ha extendido al conjunto de la economía mundial con efectos muy negativos sobre el crecimiento, el comercio y el empleo. Las previsiones de los organismos internacionales contemplan que el PIB mundial puede caer este año casi dos puntos respecto al año anterior, que el volumen del comercio internacional puede disminuir cerca de un 10% (no olvidemos que la aportación del comercio internacional al crecimiento de los países en desarrollo se ha incrementado un 60% desde 1980) y que cincuenta millones de trabajadores pueden perder su empleo durante los próximos dos años.

Es una crisis de enormes dimensiones. Según el informe de primavera del Fondo Monetario Internacional, ha supuesto una pérdida en el valor de los activos financieros de cuatro billones de dólares; monto equivalente a cuarenta años de ayuda al desarrollo o catorce años de remesas de todos los emigrantes del mundo a sus países de origen.

Sería un error considerarla una crisis coyuntural. Los expertos han constatado que durante las últimas décadas la inestabilidad y fragilidad en el ámbito financiero han ido en aumento. Las crisis sistémicas bancarias o monetarias y los episodios de incumplimiento de los compromisos de deuda soberana en el mundo se han multiplicado. Las frecuentes burbujas financieras y la volatilidad de precios responden a comportamientos desequilibrados y especulativos que llegan a afectar a productos muy sensibles, como los alimentos básicos que son vitales para la humanidad, o los productos energéticos, esenciales para el funcionamiento de la

economía y de la propia sociedad. Hay que preguntarse si nuestros agricultores o, en general, nuestros operadores económicos pueden adoptar decisiones consistentes a medio y largo plazo en medio de una incertidumbre creciente y, en un sentido más amplio, si las crisis de los últimos años son independientes entre sí o síntomas de una enfermedad o crisis más profunda que pone en contradicción la evolución de los mercados financieros con las necesidades de la economía real.

Además, la crisis en curso se inscribe en el seno de una crisis superior. Un sistema internacional de relaciones económicas con desequilibrios y desigualdades cada vez mayores. Un mundo en que la sexta parte de la población vive en situación de extrema pobreza, donde casi mil millones de personas pasan hambre y con niveles de analfabetismo y catástrofes humanitarias intolerables. Un sistema energético basado en energías no renovables, una huella ecológica cada vez más intensa y un cambio climático que puede llegar a un punto irreversible.

Nos enfrentamos, por lo tanto, a un enorme desafío global. Tenemos que decidir qué globalización queremos. Podemos ser la primera generación en situar la pobreza en el archivo de la historia, tal y como nuestros predecesores hicieron con la esclavitud, o ser la primera generación que lleve al planeta al borde del colapso. No habrá desarrollo sostenible sin una economía que cumpla las funciones de estabilidad, crecimiento, equidad y sostenibilidad indispensables para un futuro común. Los socialistas tenemos una especial responsabilidad en conseguirlo porque la Internacional Socialista es la única o, al menos, la más importante organización política de ámbito global.

Un desafío global sólo puede afrontarse mediante una acción decisiva conjunta. El nacionalismo y el unilateralismo no son el camino. Lo es la concertación, por eso la acción del G-20 va en la buena dirección. Debe proseguir, ampliarse y completarse en el futuro. Debemos actuar a corto, medio y largo plazo.

A corto plazo necesitamos estimular el crecimiento y el empleo. Según la Organización Internacional del Trabajo, OIT, será preciso crear trescientos millones de empleos en los próximos cinco años para mantener en el mundo los niveles de empleo anteriores a la crisis. España, según la OCDE, está a la cabeza del esfuerzo de los países avanzados en esta dirección. Debemos tener claro que no todas las medidas son igualmente eficaces. La mejor forma de incrementar la demanda global es mediante inversiones de futuro que aumenten la productividad y estén orientadas al cambio de modelo económico. Hay que evitar el doble error de retirar prematuramente las acciones temporales de estímulo, la experiencia histórica nos indica que puede conllevar a una recaída más dolorosa, y de hipotecar a las generaciones venideras con una deuda excesiva.

Los socialistas no podemos aceptar la privatización de ganancias en los buenos tiempos y la socialización de pérdidas en los malos. Por eso desconfiamos de aquellos que tratan de aprovechar los momentos de crisis para erosionar los derechos de los trabajadores y dismantelar los esquemas de protección social. La derecha ha venido defendiendo la bajada de impuestos en las épocas de expansión y la reducción del gasto en las de recesión; es mucho más eficiente y justo aprovechar las fases de crecimiento para fortalecer la cohesión y las finanzas públicas, ahorrando como han hecho nuestros compañeros en Chile o alcanzando superávits presupuestarios como el

Gobierno Zapatero en España, y poder contar con un margen de actuación en los momentos de caída de la actividad. Es intolerable que, cuando se han puesto en marcha planes de rescate sin precedentes para entidades financieras, se deje sin protección a los sectores más vulnerables y se pretenda un abaratamiento injustificado del despido de los trabajadores. Queremos un reparto justo de los costes de la crisis, ahora y en el futuro, y también de los beneficios de la expansión. La política económica no puede diseñarse con una visión anual, tenemos que introducir una perspectiva cíclica y estratégica más amplia.

Hay que reestructurar, regular y reformar los mercados financieros. Es imprescindible reestructurar las entidades financieras para restablecer el crédito sin el que no se normalizará la actividad económica. La desregulación financiera ha llevado al mercado al colapso. No se restablecerá la confianza volviendo al punto de partida, sino promoviendo una regulación y supervisión inteligentes a escala internacional. Por eso valoramos positivamente el apoyo del Consejo Europeo celebrado recientemente al establecimiento de un Sistema Europeo de Supervisión Financiera que, junto a la reforma de las instituciones financieras internacionales promovidas por el G-20, son pasos indispensables hacia una Organización Financiera Mundial dentro del sistema de Naciones Unidas. Una reforma completa exigirá conectar desarrollo financiero y economía real, establecer pautas que impidan la especulación en los mercados más sensibles de los productos básicos de alimentación y de la energía, y promover cambios en el desempeño de la política monetaria y fiscal.

El desarrollo sostenible exige ir más allá. El mundo vive por debajo de sus posibilidades, necesita un nuevo orden económico para compensar los desequilibrios y remover los obstáculos al bienestar global. Tendremos que promover el trabajo decente en el mundo, responder a los nuevos problemas y a las vigentes preocupaciones que estuvieron en el mismo origen del sistema de Bretton Woods, concluir la Ronda de Doha para el Desarrollo y alcanzar los Objetivos del Milenio. No podemos permitir que la ayuda al desarrollo sea víctima de la crisis, hay que alcanzar el objetivo del 0,7% del PIB para el 2015; el Gobierno Zapatero se ha comprometido a que España llegará a la meta tres años antes, en 2012. Tendremos que asegurar la existencia de bienes globales para todos los habitantes del planeta, hay que unir esfuerzos para que la cumbre sobre el clima que se celebrará en Copenhague a fines del presente año tenga éxito.

Existe un déficit de gobernanza global. Tenemos que corregirlo. Valoramos positivamente la acción del G-20, queremos que avance y esté en el germen de un nuevo marco en el seno de las Naciones Unidas. Los socialistas no sólo queremos reglas, también resultados. En este sentido, quiero resaltar que a principios del presente año se ha celebrado en España la cumbre sobre seguridad alimentaria que ha preparado la senda para establecer una Alianza Global para la Agricultura, la Seguridad Alimentaria y la Nutrición; el Presidente Zapatero hará de esta cuestión una prioridad durante la Presidencia Española de la Unión Europea en el primer semestre de 2010.

Es tiempo de cambios y de reformas, tiempo de los socialistas. Hagamos una globalización de rostro humano. Lo conseguiremos si trabajamos juntos, con convicción y entusiasmo.